

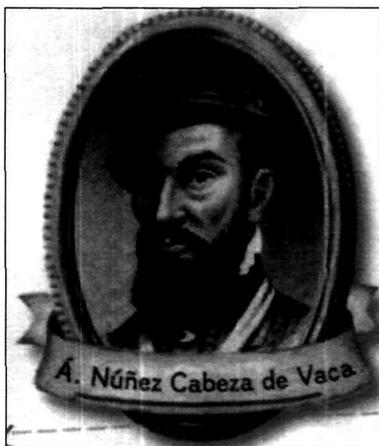
RENACER EN EL ATARDECER. ALVAR NÚÑEZ VISTO POR ABEL POSSE

LUIS SÁINZ DE MEDRANO

Nuestro interés al ocuparnos aquí del incansable Alvar Núñez, novelado en *El largo atardecer del caminante* (1992), nace del hecho de que se trata de un personaje en verdad excepcional dentro de los excepcionales que han protagonizado otras novelas de Abel Posse, como Lope de Aguirre, Colón, Eva Perón y el Che Guevara. Y lo es precisamente por aparecer como el de contorno personal aparentemente (sic) menos vigoroso, si nos atenemos a lo que él escribió en su historia oficial donde figura como un asombroso superviviente pero no como un formidable conquistador. Alvar evidentemente participaba del utopismo de sus compañeros literarios emanados de la pluma de Posse, pero en una medida y con un talante muy distinto. Fue, como todos ellos, un buscador del paraíso, de «el mundo de arriba» (Posse, 1992, pág. 134. Las citas de esta novela, con la mera indicación de página, se hacen siempre por esta edición), adonde en cierto momento le fue dado entrar casualmente, pero atemperado por un pragmatismo que le obligó a asumir su aventura, la peripecia que lo convirtió en otro hombre, dentro de unos límites infranqueables, sin dejarse desbordar por ella, no suprimiendo, pero sí aligerando «oficialmente», repetimos, su patetismo. Justo es decir que las restricciones que él mismo se impuso al escribir la *Relación de los Naufragios* (1542), algo a lo que no estaba obligado ya que participó en la expedición a la Florida sólo como alguacil mayor y tesorero, no le impidieron dar a su obra unos valores literarios nacidos no de la voluntad de artificio sino de su innata capacidad de narrador. Como ha dicho Trinidad Ba-

rrera: «Es evidente que bajo la aparente llaneza y el propósito documental se demuestra una intencionalidad artística» (1985, pág. 26). Y a las precisiones de dicha crítica a este respecto podemos remitirnos.

La historia canónica no nos permitiría, como aquí me permito proponer, imaginar una relación entre la decisión última del Che Guevara, por seguir con personajes de Posse (*Los cuadernos de Praga*, 1998), es decir, su expedición al continente americano que acabó con su descalabro en Bolivia, impulsado por sentimientos mesiánicos o redentoristas, y la determinación de Alvar Núñez de emprender una costosa marcha al Paraguay después del fracaso de su primera aventura en el norte entre los actuales Estados Unidos y la Nueva España, hasta bajar a Culiacán, de 1527 a 1537. La interpretación de Posse, su análisis de la historia fundado en la filosofía o el saber del novelista, le lleva a dar sentido, como consecuencia de otros secretos guardados por Alvar, admirables en sí mismos, a la causa que motivó esa sorprendente decisión. En suma, Posse nos ha presentado a un Alvar Núñez que, tras verse obligado a silenciar bastantes aspectos de sus peripecias en su ruta norteña y, sobre todo, muchas de sus opiniones derivadas de ellos, calló también los motivos que le impulsaron a emprender el desplazamiento al sur del continente como Adelantado y Gobernador del Río de la Plata (1541-1545), y sólo al fin de su vida se permitió el gran desahogo de decir toda su verdad. Las disidencias que no contravinieran la obligada interpretación providencialista de la conquista, podían sin duda circular, aunque denunciaran com-



portamientos injustos, como ocurrió con los enérgicos escritos de Las Casas. Otra cosa es que alguien hiciera público su deslumbramiento, a veces más que rayano en la heterodoxia, ante las culturas indígenas, e impugnara lo incuestionable. Alvar sabía esto bien. En cuanto a su proyecto de experimentar, en tierras del Plata, un sistema de ocupación civilizado basado en que «sólo la fe cura, sólo la bondad conquista» (pág. 124) no habría sido considerado «incorrecto», pero la justificación que utilizó, a fuer de suspicaz, para esta segunda expedición fue otra que no carecía de veracidad; salvar a los expedicionarios que habían ido a aquella zona en el viaje de Pedro de Mendoza.

Los años intermedios pasados en España (1537-1540) le sirvieron para reflexionar y decidir, para, contra toda la lógica de un caballero acomodado, ratificarse en lo aprendido y en la necesidad de ser consecuente con ello, renunciando a una vida holgada y asumiendo un nuevo peligroso riesgo, ahora también muy oneroso. Más tarde, tras la conclusión de su segunda aventura americana, el Alvar redivivo por Abel Posse se propone hablar claro sobre ambas experiencias, especialmente sobre la primera, al margen de la historia acuñada. Esto es lo que en síntesis muestra la novela que nos ocupa.

Lo que Posse hace es que su personaje cuente ya en sus años finales (1553-1557), tras ocho de proceso y prisión, (1545-1553) lo que (en la lógica del novelista) pudo y debió ser verdad. Remedando lo dicho por Borges sobre Pierre Menard al disponerse a escribir el Quijote, diremos que para Posse «el método inicial que imaginó (o que pudo imaginar) era relativamente sencillo» (Borges, 1980, I, pág. 429): conocer suficientemente el español del siglo XVI, recuperar las dudas de Alvar Núñez ante el providencialismo de la conquista, recorrer con la palabra el inmenso territorio indio que le tocó a Alvar, ser, en suma, Alvar Núñez Cabeza de Vaca sin dejar de ser Abel Posse. Por lo demás, estamos, según hay que deducir, ante el caso de «el manuscrito encontrado», que el narrador empírico conoce por la omnisciencia, que le permite entrar en el yo del personaje emisor del discurso o tal vez por el privilegio de haberlo descubierto siglos después.

Pensando sólo en la versión de la historia oficial, siempre ha resultado sorprendente –admitiendo que era un tiempo pródigo en odiseas– que, tras la aventura del Norte de América, Alvar Núñez, pudiendo llevar una vida apacible en España desde 1537, solicitara el adelantamiento y gobernación del Río de la Plata, que le fueron concedidos, con el fin de algo tan aleatorio como socorrer a los supervivientes de la expedición conducida allí seis años antes por Pedro de Mendoza, más aún, teniendo en cuenta el elevado coste económico, a sus expensas, que tal empeño representaba. No hay que recordar el desgraciado resultado de esa empresa, a la que sólo al final dedica una explicación suficiente en la novela de Posse, tras haber esquivado satisfacer la curiosidad de Hernán Cortés, en el primer regreso a España, y luego la del historiador Fernández de Oviedo, y la del propio emperador Carlos V en torno a lo que en conjunto bien podemos llamar «su secreto». ¿Cabría pensar que siendo un conspicuo emisor de lo que Beatriz Pastor ha llamado «el discurso narrativo del fracaso» (1983, pág. 265), nuestro caminante intentara justificar un futuro «discurso del éxito» o «discurso mitificador» (pág. 15), ese que empieza con Colón? No se deduce en modo alguno tal interpretación de la novela a la que nos referimos.

Por otro lado, entrando en alguna cuestión técnica, la posibilidad de recrear dentro del sistema de acrecentamiento libre de la peripecias del personaje en una construcción llena de brillantes desmanes, como ocurre sobre todo en *Daimón*, y también en Los perros del paraíso, podría haber sido tentadora sin duda para el novelista, pero está desechada. Lo que hace Alvar Núñez se halla más próximo a la fórmula de Marguerite Yourcenar en las *Memorias de Adriano*, con la diferencia de que Alvar no escribe para un destinatario concreto como el Marco amigo de Adriano: sólo lo hace para sí mismo y, acaso, para algún lejano e indeterminando lector del futuro. Como en parte sucede en *La pasión según Eva*, cabía también la novela coral en la que el personaje central intervenía y hacía comentarios al final directamente desde la muerte. Y, de paso, recordemos que también Eva Perón aparece empeñada en la redacción de un libro del que sólo quedó un mínimo vestigio, *Mi último mensaje*, libro caracterizado como «un texto furibundo» (pág. 130), tan complementario de

La razón de mi vida que estaba concebido como una desmitificación de su propia personalidad tal como ese libro, un tanto dirigido, la retrataba. A propósito: señalemos que son varios los personajes de Posse que escriben sus contramemorias.

Posse rehúsa la estructuración coral, pero es verdad que el nuevo manuscrito de Alvar se beneficia, al permanecer oculto hasta su localización por un incierto lector, de su condición de memorias póstumas, con las connotaciones propicias para la sublimación del personaje, puntualizadas así en su día por Chateaubriand: «Je préfère parler des moncerueil. Ma narration sera alors accompagnée de ces voix qui ont quelque chose de sacré parce qu'elles sortent du sepulcre» (1989, pág. 169)

Posse, el narrador empírico, ha optado por la narración desde el yo del personaje central a quien ha trasladado toda la responsabilidad de la enunciación y le deja hablar desde la última etapa de su vida en Sevilla para revisar con pasión y melancolía sus impresionantes experiencias de gran caminante –formidable proceso de aprendizaje– y las penosas e injustas consecuencias de su actividad en el Paraguay.

La primera y colosal aventura de Alvar Núñez, aquella expedición a la Florida capitaneada por Pánfilo de Narváez, insensatamente pensada y ponderada –como la califica Fernández de Oviedo– comenzó con un verdadero desastre y continuó, prolongada, a lo largo de ocho años, en un increíble recorrido de 18.000 kilómetros. Tal impresionante marcha con unos compañeros tan inermes como él no podía tener consecuencias en el orden de materializar ninguna conquista o poblamiento de tierras. En cambio tuvo otro resultado nada desdeñable para Alvar: el intenso contacto, entre el temor, las artimañas para la supervivencia, las relaciones amistosas, amorosas incluso, con gente de la sociedad indígena, la comprensión de una cosmovisión diferente. Algo que ningún otro de los españoles que participaron en las peripecias americanas de aquel tiempo –damos este rodeo para no llamar impropriadamente «conquistador» a Alvar Núñez– experimentó de un modo tan singular, «tratando de demostrarse a sí mismo que el hombre no es lobo del hombre» (pág. 7), como el propio novelista dice en su paranarrativa «Noticia de Cabeza de Vaca», único texto

que como tan novelista se permite introducir desde su propia voz, como pequeña introducción a su obra.

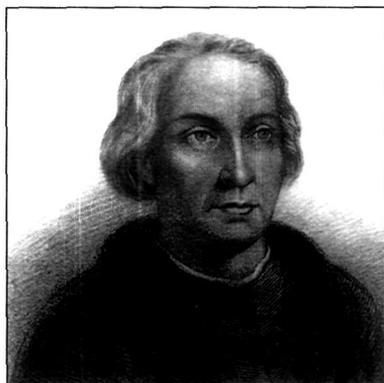
Abel Posse ha querido contar, en suma, la historia de un perdedor, condición que puede atribuirse, aunque de un modo muy relativo, a sus otros personajes novelescos; Colón fue muy humillado pero sus aportaciones materiales fueron muy pronto reconocidas; el propio Lope de Aguirre, insigne bárbaro, ha llegado a ser visto como figura reivindicadora de lo esencial americano; la personalidad de Eva Perón, como apóstol de los humildes no hace sino crecer, así como la del Che Guevara, aun en medio de controversias. La de Alvar es la historia de un perdedor muy particular. Ante todo porque su actividad en el norte de América no nació de un proyecto buscado, ni pretendió desarrollarla como un guerrero («envainé una vez más mi espada virgen de sangre humana» pág. 202) ni como un profeta al modo de Las Casas. Por lo que respecta a su presencia en el Paraguay, malquisto desde un primer momento por Irala y sus seguidores, la cuestión cambia; fue algo buscado. Lo cierto es que también esa lamentable experiencia, en cuanto al resultado, ratifica su consideración como «el personaje moral de la conquista» (1997, pág. 63) según definición de Abel Posse.

¿Qué clase de hombre es éste? El riesgo de convertirlo, por ser justo e idealista, en un acartonado ser perfecto queda soslayado: Alvar puede mostrarse, especialmente en Sevilla, visiblemente no exento de defectos humanos: Cierta vanidad por su alto linaje, frente al de Cortés, erotismo motivador de celos intempestivos, visitas a los burdeles, inclinación a los alcoholes, rasgos de ira, deseo de venganza, desprecio, aunque en general justificado, por muchas gentes de la sociedad hispalense, etc. Un buen antídoto –y esto era importante– contra tal posible deshumanización. El mismo, ya encaminada a su final la novela, manifestará: «Algunos me han querido tener por santo o por místico. Curioso hecho. Sentí en mí batir la vena del asesino (...) Tal vez seamos alternativamente santos o demonios. El Señor lo sabe» (pág. 163).

Posse, con el legítimo poder que el novelista se atribuye a sí mismo para desmontar, deconstruir si se quiere, la historia canónica



Abel Posse.



Cristóbal Colón.

—acción que puede consistir, como en este caso, en ampliarla— lo ha visto como alguien consciente de que *Naufragios*, su libro fundamental, es obra incompleta. El deseo de Alvar Núñez de apostillarlo, de introducir, por escrito, aspectos que resultan necesarios no está relacionado con ningún compromiso externo. Se trata de una necesidad íntima, de una exigencia totalmente personal. Sólo él es el auténtico narratorio de un texto con el que no pretende ni siquiera informar a la mujer, sumamente interesa-

da en su obra, que le servirá con fidelidad, la afile empleada de la biblioteca de la Torre de Don Fadrique, adonde acude, como juez del Tribunal Supremo, para consultar un reciente mapa de la Florida. Se trata de «Lucinda la Bella», «la buena Lucinda» (pág. 14), cuyo nombre auténtico, Lucía, él prefiere sustituir por éste, la misma que, habiendo leído sus *Maufragios*, le obsequiará con una resma de papel para que siga escribiendo, y hacia la cual llegará a experimentar una atracción amorosa.

Posse, desinteresado de la hipótesis de que Alvar Núñez muriera en Valladolid, donde en 1555 volvió a publicar los *Naufragios* y los *Comentarios*, sitúa *el largo atardecer* de su héroe en Sevilla, algo bastante probable, dándole la oportunidad de reflexionar sobre su libro. Estamos, así pues ante una *autobiografía* parcial, elaborada sobre otra anterior. ¿Por qué el autor empírico, Abel Posse, admirador incondicional de este noble caminante, hace que el personaje tenga esta voluntad de completar los hechos de sus dos libros y en especial los del primero. Si nos atenemos a las motivaciones de quien escribe su autobiografía, tal como las resume Matías Barchino (1993, págs. 103-104), nos preguntamos ¿como defensa contra alguna infamia? ¿como enseñanza doctrinal? ¿como un proceso de desengaño moral? ¿como cesión a la, en general, tan temida, vanagloria?, ¿para actuar sobre la realidad? ¿con el fin de obtener reconocimientos o prebendas —algo bastante común en aquella época—?

Pues bien, cabe admitir que Alvar Núñez escribiera sus *Naufragios*, aun sin necesitarlo, por dar un testimonio, una justificación no obligada pero sí conveniente, si queremos, de cuáles fueron las causas de su prolongada estancia en las Indias, sin perder de vista que considera ese libro, al igual que los *Comenta-*

rios como «algo ...mentido y empacado» (pág. 26). Por lo demás, si en esos dos libros (re-dactado el segundo por Pedro Hernández, su secretario) pretende justificar sus actividades en el Nuevo Mundo, esquivando problemas, en la copiosa «addenda» hecha en Sevilla hay, como ya hemos dicho, sólo una razón: confesarse ante sí mismo, no para acusarse o enorgullecerse de nada; para reconocerse, para recomponer su identidad, algo que por el momento no puede compartir del todo con nadie. Corrige en la tercera versión de *Naufragios* parte de los errores de los cronistas, y, sobre todo, cuenta lo que él mismo calló: «Sólo a mí mismo me puedo contar —dice, no sin orgullo— mi verdadera vida» (pág. 63). Seymour Menton destaca parcamente las verdades más destacables entre las omitidas por Alvar (1997, pág. 60): su adaptación a la vida indígena y, de ahí, la creación de muy afectivos lazos familiares. No resulta redundante, sin embargo, que insistamos en su profunda, excepcional, comprensión del mundo indígena, que abarca un sinnúmero de aspectos más, no revelados antes. Sucede que aquel norte de las Indias Occidentales resultó ser nada menos que un territorio de purificación y de iluminación. Son muchos los momentos y las experiencias en que Alvar Núñez tuvo encuentros con las más auténticas formas de convivencia y de acercamiento a lo que Posse ha puesto como meta de la mayor parte de sus personajes, es decir, «lo absoluto». Paradigma de lo más impactante en este sentido es el aprendizaje recibido en su contacto con los tarahumaras. Antes que Antonin Artaud los visitara en 1936, con el resultado de un libro *México y Viaje al país de los Tarahumaras*, que probablemente ha sido, muy justamente, una fuente informativa para Posse, lo mismo que el del mismo título del fotógrafo francés Gerard Tournebize (1989), el prodigio instalado en ese grupo humano, al que legiones de antropólogos han dedicado luego su atención, fue conocido por Alvar Núñez, extraordinario privilegio, del que, recuerda, «en mi retrato de *Naufragios* apenas hablo elusivamente de este paso» (pág. 135).

Puede considerarse este pasaje la sinécdoque más significativa de la relación español/indios en la recuperada historia de Alvar. En él los tarahumaras instalados en su alto territorio inaccesible para los más, son descritos como «aristócratas en ojotas». Han roto sus

alianzas con los aztecas y se muestran desdeñosos también de los tlascaltecas y mayas como gentes que son «despreciables expresiones de torpe afirmación de la vida inútil»; reacios al convencional progreso que propicia la abyección, con grandes reservas frente a la reproducción de los humanos, («Si engendran hijos es para que sean monjes de los ritos sagrados que permiten –a través de sus chamanes– que los hombres puedan comunicarse todavía con la totalidad del universo» (pág. 135)). Alvar goza de privilegios como participar en la ceremonia del Ciguri (pág. 136), rallado con el peyote, el rito que mantiene la relación entre la tierra y el universo, experimenta la sensación de sentirse desdoblado, de viajar por el espacio y el tiempo –incluso hasta Xerez –experiencias que incluyen el desprendimiento del cuerpo, extraordinario viaje por el misterio, entre lo místico y lo infernal (pág. 140). Cuando ya en la capital del virreinato Cortés le pregunta «¿Dos mil leguas! Y ¿qué trajo Vuesamerced a la Corona?» Alvar se siente como «un conquistador conquistado» (pág. 143). Cuenta con algo que en ese momento pensaba que nunca podría relatar. Los tarahumaras que «me habían arrojado en medio de la Creación», «donde ya no había muerte o necesidad –y posibilidad– de salvación». Le hacen pensar al volver a la ‘civilización’ «que volvía a una vida de seres profundamente enfermos y que la misa solemne y la corrida de toros eran caras de un mismo tronco», que es una desdicha ser descendiente de Adán, el Expulsado» y que «nuestras iglesias, nuestra religión no son más que hospitales para almas profundamente enfermas» (146), etc. etc.

Muestra de su sinceridad y de las dificultades que la conciencia de este pensar le provoca en un primer momento la encontramos en su declaración de la forma en que su brazo y su mano se resistían a romper «las frases y los silencios convencionales {...} del estilo del señor que a través de solemne notario se comunica con su rey» (29), primera de sus muchas reflexiones metanarrativas.

Ningún interés muestra Alvar en facilitar las aclaraciones que le solicita el viejo y rígido, a la vez que ladino, Fernández de Oviedo, quien le visita con la (fundada) sospecha de que, además de las dos versiones de *Naufragios* reconocidas por Alvar, existe una tercera. No entiende que en ese libro los episodios de

ocho años se contengan en tan pocas páginas. «Hay contradicciones. Años enteros solucionados o escamoteados en pocos renglones» (pág. 24). La cuestión es que, para empezar, Oviedo –representante de la historiografía oficial, dueño de «la Historia»– pretende que los historiadores se comporten con la disciplina que él exige a priori. No admite lo que no se acomode a sus esquemas canónicos, en la convicción de que «lo que el no registre en su chismosa relación o no existió o es falso» (23). Como bien dice Alvar, tras la entrevista mantenida con él, «seguro que el viejo renueva su convicción de que los conquistadores y descubridores no son la gente seria y circunspecta que debieran ser. *No somos dignos del orden de sus crónicas*» (pág. 25, el subrayado es nuestro). Oviedo debería haber completado su actitud con el verso de Octavio Paz que debió de ser anticipado «in mente» por Alvar: «Merece lo que sueñas» (1988). Evidentemente Alvar no está dispuesto a complacerle. ¿Cómo explicarle por ejemplo quien es el *nosotros* que circula por su obra y desconcierta al historiador oficial para designar a quienes no son ni cristianos ni indios y se refiere a los que como él se sintieron ya un producto del Nuevo Mundo sin dejar de ser españoles? Vale la pena, en fin, tener en cuenta con respecto a esta relación, donde hubo ajustes y desajustes, el estudio de Donatella Fierro (1993).

Aunque Alvar escriba sólo para sí mismo, este hombre antidogmático, precisamente por serlo, no pretende impedir que su confesión llegue «tal vez dentro de muchos años» a algún «buen lector» (pág. 210), puesto que «a fin de cuentas el peor de todos los naufragios sería el olvido» (pág. 211). La mejor prueba de que no tiene prisa por que tal cosa suceda es que, terminada esta nueva escritura, proyecta depositarla en el estante más alto de la biblioteca de la Torre de Fadrique, «entre los tomos de la *Summa Theológica* que los curas no frecuentan mucho» (pág. 210). Una muestra, por cierto, de las muchas ironías que emanan en la novela de este hombre pacífico pero propicio a las agudezas críticas y al escepticismo.

El personaje al hablar desde una temporalidad no registrada antes: los años de su vejez en Sevilla, hace que lo ocurrido en ese período tenga un valor novelesco propio (texto A1, que opera sobre el incompleto y canónico texto A), lo que nos lleva a hacer alguna consideración sobre el mencionado espacio urbano desde

donde Alvar escribe. Es bien sabido que Sevilla era una populosa ciudad en el siglo XVI, pero aquí advertimos su condición de *espacio enclaustrado*, con relación al espacio inmenso, libre, abierto a la intemperie, propicio para lo que Bachelard llama «la inmensidad íntima» (1965, pág. 220) que fue el de la aventura americana de *Naufragios*, el paisaje que al referirse al desierto de Sinaloa y sus «mañanas lúcidas», Alvar evoca como «La soledad salvaje, la verdad. Libre: sin ningún lector de hoy» (pág. 27). Espacio aquel también apto para la desnudez, que, por contraste, le hace calificar a sus actuales prendas de vestir de «cadáveres solemnes y prestigiosos» (pág. 18) que imponen su tiranía a quien, sin ellas, se sintió «como devuelto a mí mismo, fuera de los trajes» (18) —lo que nos hace recordar las invectivas de Neruda en el «Ritual de mis piernas» de la primera *Residencia* a la artificialización impuesta por las vestiduras, «como (...) si un oscuro y obsceno guardarropas ocupara el mundo», y en la evocación de los hombres que levantaron a Machu Picchu en el *Canto General* (Por fin morada del que lo terrestre/ no escondió en las dormidas vestiduras)).

Pues bien, insistimos, ese espacio sevillano, que normalmente no lo sería, resulta enclaustrado y favorable para la reflexión, porque es también un espacio, más aún, un cronotopo, degradado. Ciertamente Alvar no dispone de la dignidad del claustro propiamente dicho, la celda, que difícilmente podría relacionarse con el modesto cuarto con un «escritorio desvenecijado» (pág. 26) iluminado por un candil. Lo que le rodea en sobre todo una ciudad muy distinta a la de su niñez en la que «Ha desaparecido la vida sosegada y noble de mi infancia». Un dato bien expresivo: incluso en el maltrecho palacio que fue de su familia el limonero antecesor (por no decir el mismo) de «aquel huerto claro» de Antonio Machado, no es sino «un tronco deshojado, rodeado de mesas, de tablonas, donde, de sol a sol trabajan los curtidores», algo que marca un pasado irrecuperable. Inútilmente tratará Alvar de reconstruir «los espacios que alguna vez me parecieron infinitos y cargados de misterio» (pág. 20). Allí sólo cuentan los mercaderes europeos y los judíos, convertidos en cristianos con oportunismo, de La Alcaicería; los caciques, los «ricos nuevos» (pág. 21) como el gran La Cerda, «los felices burgueses» (pág. 22), los «aventureros, maricas, flamencos y

truhanes» (pág. 29), y un pueblo enajenado que siente «como riqueza propia» la que llega de América, alborozado ante la Torre del Oro, sin pensar además que «el oro que entra por el Guadalquivir sale por los Pirineos» (pág. 21). Ciertamente que en un momento, la decisión de referirse en el papel a las dulzuras familiares que conoció en la Indias (Amaría, Nube, Amadís) e incluso a la confesión liberadora (sic) de haber dado muerte a su segunda hija según las costumbres locales para evitarle el destino de las hembras en la tribu de los chorrucos, le hará ver una Sevilla «maravillosa» con el limonero «menos debilitado» (pág. 80). Algo que concluirá tras el atroz Auto de Fe al que se ve obligado a asistir.

En esa Sevilla tendrá también la felicidad de encontrar a su hijo, eso sí, convertido en esclavo, de luchar por liberarlo poco antes de que la muerte haga presa de él, para tener que resignarse de nuevo a la soledad, a la nueva degradación, al quedar obligado, perdida su vivienda en la gestión mercantil de este lance, a aceptar la humillación de seguir ocupando, por caridad, hasta el fin de su vida ese reducto.

Por último, una reflexión sobre la presencia directa o indirecta de personajes ucrónicos en esa Sevilla del siglo XVI: Borges, representado por «el poeta ciego» llamado Acevedo, que «hablaba de unas carabelas mecidas en un río de sueñera y de barro» (160), Bradomín —el que confiaba más en la leyenda que en la historia— hipostasiado en Valle Inclán con su fantasía del brazo arrancado por una tigre en México de lo que hace testigo al propio Alvar (161); Barral, el vizconde de Calafell (160-161), Nalé Roxlo (pág. 86), y, por alusiones a sus textos, Lugones (pág. 197), Carlos Fuentes, Mallea (pág. 165). No es la primera vez que estas situaciones se dan en la narrativa de Posse. Digamos simplemente que el sentido de la presencia de estos personajes es hacer coexistir el presente que ellos representan con el pasado. Posse lo aclaró bien al decir en otro momento: «Yo quise hacer presente el pasado, o (...) visitar el pasado con el sentido del presente. De alguna manera Colón y la reina Isabel siguen presentes en nuestra vida» (1997, pág. 65). Es, según esto, consolador pensar que en alguna parte de nuestro maltrecho planeta también Alvar Núñez, sigue hoy vivo y abierto a la comprensión del otro, que su largo atardecer y su utopía de infatigable caminante no han concluido.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Artaud, Antonin, *México y viaje al país de los tarahumaras*, 1936).
- Bachelard, Gaston, *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.
- Barchino, Matías, «La autobiografía como problema literario en los siglos XVI y XVIII», en J. Romera, A. Yllera, M. García-Page y R. Calver, *Escritura autobiográfica*, Madrid, Visor, 1992.
- Barrera, Trinidad, «Los Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, entre la crítica y la novela, en *II Jornadas de Andalucía y América*, II, Sevilla, 1984.
- edición, introducción y notas a Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- Borges, Jorge Luis, «Pierre Menard, autor del Quijote», en *Prosa completa*, I, Barcelona, Bruguera, 1980.
- Chateaubriand, François René de, 'Avant propos', *Memories d'outretombe*, Livres I a XII, tome I, Paris, Garnier, 1989.
- Ferro, Donatella, «Oviedo/Cabeza de Vaca: debito testuale e 'tarea de acumulación y corrección'», en *El Girador. Studi di Letterature Iberiche e Ibero-Americane offerti a Giuseppe Bellini*, a cura di G. B. de Cesare e Silvana Serafin, I, Roma, Bulzoni, 1993.
- Pastor, Beatriz, *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas, 1983.
- Paz, Octavio, *¿Aguila o sol?*, en *Libertad bajo palabra*, ed. de Enrico Mario Santi, Madrid, Cátedra, 1988.
- Posse, Abel, *Daimón*, Barcelona, Argos Vergara, 1978.
- *Los perros del Paraíso*, Barcelona, Argos Vergara, 1983.
- *El largo atardecer del caminante*. Barcelona, Plaza & Janés, 1992.
- *La pasión según Eva*, Nuenos Aires, Emecé, 1995.
- *Los cuadernos de Praga*, Buenos Aires, Atlántida, 1998.
- Sáinz de Medrano, Luis (coordinador), Mesa redonda «Historia y ficción», en *Semana de autor*, Abel Posse, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1997.
- Tournebize, Gerard, *Viaje al país de los tarahumaras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.